

EDITORIAL

Estuve en Bilbao hace poco. Impresiona la calidad de la arquitectura, pero especialmente el orden de la ciudad. Tuvo ella fama de ser industrial y sucia pero hoy constituye uno de los polos de mayor crecimiento del turismo de España. Ello porque se han propuesto una imagen de ciudad a la que quieren llegar de la que, por ejemplo, el museo Guggenheim es un resultado y no la causa, puesto que éste es una entre muchas acciones que han planeado para hacer de ella una ciudad acogedora, bonita, amable y con facilidad de uso. Tiene calles con muy buena y bien diseñada señalización y mobiliario urbano, nuevos paseos peatonales y parques a lo largo del río Nervión -que es como la espina dorsal de la ciudad y por el que se ven nadar peces y patos-, un cuidadoso respeto por los edificios patrimoniales que conviven armónicamente con intervenciones muy modernas de los mejores arquitectos y un sistema de transporte ordenado e informado. Vale la pena destacar que en las tardes se ve muchísima gente en las calles, corriendo, paseando bajo las abundantes arboledas y, sobre todo, conversando afuera de los muchos restaurantes mientras degustan unos sabrosos pintxos y un Txacolí, el vino blanco ligero con que se acompañan.

De vuelta en Concepción, tengo la alegría de ver los muchos valores que aquí tenemos, tal como el magnífico entorno natural y la escala y tamaño de la ciudad que permiten recorrerla a pie en gran parte y reconocer a muchos en el recorrido, lo que da un sentido de comunidad imposible en ciudades más grandes. Pero también me asalta la preocupación de perder estos valores cuando veo los nuevos edificios desproporcionadamente grandes que se construyen, la pobre calidad constructiva y diseño de las nuevas obras de infraestructura o el caótico sistema de transporte urbano. Pero por sobre todo, me preocupa que no tengamos un plan para la ciudad que queremos. Ella se va haciendo de a poco, en la medida que las inversiones privadas y públicas se realizan. El Plan Regulador regula pero no transmite una imagen de ciudad acordada por todos y no se advierte un líder que proponga una ciudad. Acepto que la normativa se hizo en base a lo que la ciudad quería en un determinado momento, pero es un plan, no un programa. Un programa debería formular objetivos y mantener actividades acotadas y evaluadas en el tiempo para confrontar con la imagen de la ciudad que queremos.

¿Sabemos cómo será nuestra ciudad en 10 ó 20 años? En Bilbao parecen saberlo y organizan eventos y proponen diseño y arquitectura para lograrlo en un esfuerzo continuado. Tal vez es tiempo que alguien entre nosotros, en esta ciudad y en todas las del país, la proponga.

Roberto Lira Olmo
Director